

PATRIA.

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y. Post Office, March 15th 1892.

DIRECCION.
120 Front Street, New York.
AÑO III, NÚMERO 96.

Nueva York, 27 de ENERO de 1894.

LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRA A
GONZALO DE QUESADA.
120 FRONT ST., ROOM 13., N. Y.

BASES

Del Partido Revolucionario Cubano.

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y proclamadas unánimemente por las Emigraciones Cubanas y Puertorriqueñas, el 10 de Abril de 1892

Artículo 1.—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Art. 2.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada á asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Art. 3.—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolucion hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo ó hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una Nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Art. 4.—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Art. 5.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

Art. 6.—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza un sistema de Hacienda pública que abra el país inmediatamente á la actividad diversa de sus habitantes.

Art. 7.—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia ó el afecto aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Art. 8.—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y comun la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que despues de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolucion, y congregar á los habitantes de la Isla en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de acción para la realización de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Art. 9.—El Partido Revolucionario Cubano se registrará conforme á los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo funda

DIRECTORIO

DEL
Partido Revolucionario Cubano.

DELEGADO José Martí.
TESORERO Benjamin Guerra.
SECRETARIO de la Delegación Gonzalo de Quesada.

CUERPOS DE CONSEJO.

De Cayo Hueso—*Presidente*, J. D. Poyo.
Secretario, Gualterio Garcia.
De Tampa—*Presidente*, Ramón Rivero y Rivero.
Secretario, Estéban Candau.
De Nueva York—*Presidente*, Juan Fraga.
Secretario, Sotero Figueroa.
De Filadelfia—*Presidente*, Marcos Morales.
Secretario, J. González.
De Martí City, Ocala, *Presidente*, Guillermo Sorondo.
Secretario, Martín Rodríguez.
De Jamaica—*Presidente*, J. F. Pérez.
Secretario, J. M. Valdés.
De Veracruz—*Presidente*, José Miguel Macías.
Secretario, Ignacio Zarragoitia.

DIRECCIONES:

José Martí 120 Front Street.
Benjamin J. Guerra 281 Pearl Street.
Juan Fraga 839 Fulton Street, Brooklyn.
Ramón Rivero y Rivero West, Tampa.
J. D. Poyo Key West, Fla.
Marcos Morales 514 Pine Street, Filadelfia.
Guillermo Sorondo Martí City, Ocala.
J. F. Pérez Kington, Ja.

CLUBS REVOLUCIONARIOS CUBANOS.

CAYO HUESO.

Unión y Libertad
Martir de San Lorenzo.
Carlos Manuel de Céspedes.
Luz de Vara
Cabaniguan
Guásimas de Jimaguayú.
José Francisco Lamadrid Occidente.
Juan Millares, nº 1.
Patria y Libertad.
Liga Patriótica Cubana.
Perico Cestero.
Francisco V. Aguilera.
Hatuey.
Yaguaramas intrasigentes.
Pedro Figueredo.
Cecilio Gonzalez.
Key West.
Donato Marmol.
Cayo Hueso.
Thomas Jordan.
Santiago de las Vegas.
Lares y Yara.
Modesto Diaz, nº 1.
Agustín Santa Rosa.
Lantón Marmol.
Tte. Cor. Juan Manzón, nº 2.
Jesús del Sol, nº 2.
Vanguardia de S. Sánchez.
Juan Miyares, nº 2.
Gaspar Agüero.
Brig. José González Guerra.
Riferos de la Habana nº 1.
Riferos de las Villas.
Modesto Diaz, nº 2.
Donato Marmol, nº 2.
Sebastián Amabile y Correa.
Ayudantes de la Patria.
Los Treintitres de Goicouria.
Riferos de Máximo Gómez.
General Francisco Villamil.
Coronel J. M. Parraga.
Ramón L. Bonachea.
Caballería Camagüeyana.
Jimaguayú nº 2.
José R. Estrada.
Guáimaro.
Miguel Parraga.
Riferos de Dembeta.
Rafael Morales.
Santa María del Rosario.
Julio Gráve de Peralta.
Cuba Independiente.
Fernán Salvochea.
Protectoras de la Patria.
Regimiento Enrique Reeves.
Mercedes Varona nº 2.
Hijas de la Libertad.
Díez de Octubre.
Lorenza Díaz de Marciano.
Pío Rosado.
Luis Ayesarán.

ATLANTA.

Mácheteros.

BOSTON.

Cuba y Borinquen.

STO. DOMINGO.

Guarionex.

NEW YORK.

Los Independientes.
José Martí.
Borinquen.
Pinos Nuevos.
Independientes de Cubanacán.
Mercedes Varona.
Las Dos Antillas.
Riferos de la Habana nº 2.
Cuerpo de Ingenieros.
Guerrilla de A. Macro.
Escolta de Martí.
BROOKLYN.
Henry Reeves, nº 2.
TAMPA.
Liga Patriótica.
Ignacio Agramonte.
Aguilera.
El Águila de Tampa.
Máximo Gómez.
Coronel Diego Dorado.
Guerrilla de Roloff.
Los Independientes de Tampa.
Cuba.
Obreras de la Independencia.
Plácido.
Salomé Hernández.
Pinos Nuevos nº 2.
Enrique Roig.
Díez de Abril.
JACKSONVILLE.
Club Político Cubano.
THOMASVILLE.
Güira de Melena.
CHICAGO.
Tello Lamar.
PHILADELPHIA.
Ignacio Agramonte, nº 3.
Silverio del Prado.
Hermanas de Martí.
Liga Cubana-Americana.
Marcos Morales.
La Buena Fé.
OCALA.
Henry Reeves nº 3.
General Jordan.
José Anonio Cortina.
Hijas de la Patria.
Leopoldo Turla.
NEW ORLEANS.
Los Intransigentes.
Estandarte de Cuba.
Díez de Octubre.
SAN AGUSTIN.
Padre Varela.
GAINESVILLE.
Club Político nº de Gainesville.
JACKSONVILLE.
José María Heredia.
Carlos Manuel de Céspedes.
Bernabé Varona.
Oriente.
Francisco Vicente Aguilera.
José Martí, nº 2.
MEXICO.
Aponte, nº 1.
Máximo Gómez, nº 2.
Protectoras del Ejército.
Angel A. Maestro.
Narciso López.
Protesta de Baraguá.
Hijas de América.
PRINCE.
Simón Bolívar.

¡A CUBA!

¿CUÁNDO con más prueba que hoy, después de los sucesos de Key West, después de ese odioso espectáculo de una ciudad creada por sus hijos adoptivos que se sale de su suelo y de su ley para ir á traer de afuera los enemigos de sus hijos, cuando, con más angustia ni más amor que hoy, brotó del corazón cubano este grito. ¡A Cuba!

La ciudad, triunfante tras sus primeras pruebas, enseñaba ya orgullosa, donde en manos de los yankees no hubo más que arena y bohío, aquellas fábricas que son como academias, con su leer y su pensar continuos; aquellos liceos, donde la mano que dobla en el día la hoja del tabaco, levanta en la noche el libro de enseñar; aquellas sociedades de artes y recreos de donde solo se excluye, por ase moral, á los infieles á la patria; aquellos hogares donde se ve apenas la pobreza, por el mucho espacio que ocupa la virtud. De lo más triste y menesteroso de Cuba se hizo el Cayo, con uno ú otro criollo acomodado que echó allí el amor al sol, y un puñado después de almas fervientes, del señorío y de la pobreza, que llevó allí la fama de que el Cayo fiel era todo un hogar. De ese compuesto híbrido, en que la capital pervertida echaba a barcadas su crimen; de ese riñón criollo, donde de todas las angustias de la vida surgían las sublimidades todas de la esperanza, donde la cuota de los humildes fué año tras año, en los diez de nuestro honor, el sosten principal de los soberbios; de aquella fusión diaria del amo destronado y el siervo redimido, puestos al mismo pan en la mesa creadora del trabajador, surgió, sin más consejo ni enseñanza que nuestra alma isleña, la ciudad de talleres ordenada y virtuosa, que de sus rezagos dió vida al Estado gris, animó con las industrias de Tampa la costa muerta, dió origen y sustento á los ferrocarriles y vapores de todo aquel rumbo floridano, y mudó el concal yankee, la aldehuela de racheros y de pescadores, en el pueblo de liceos libres y escuelas gratuitas y caballeros del taller y bolsa generosa, en el primer puerto del Estado de la Florida. Los que callan de esto, ó niegan esto, son gente de papel, con una revista en el ojo y en el otro una preocupación: la gente de verdad reconoce esto, la que trabaja y admira el trabajo, la que sabe que los albañiles, los que levantan y amasan, han de llevar en las manos el callo de la piedra y el manchón de cal. ¡Afuera y al horno, por impura é inútil, la mano sedosa que lame en el saludo la mano ensangrentada ó envilecida del corruptor de su país! adentro, y en los cimientos, la mano áspera que trabaja el rifle con que se ha de echar al insolente al mar, la mano santa, enjuta á veces de miseria, que acaricia y levanta en la sombra, con la esperanza del humilde, la patria de justicia, con el seno cálido para el pobre, que se alzaría del mar al cielo, con los brazos abiertos para la humanidad. De confianza y gratitud excesivas fué el error principal, y acaso el único, de esa sociedad naciente: por el Washington de la leyenda, que fué más la criatura de su pueblo que su creador; por el amor de aquel Lincoln de quien llevamos luto los cubanos, y en todo fué de bondad inefable, menos en su consentimiento de hacer de Cuba el vertidero de todos los estorbos de su nación; por el cansancio de la incuria y tiranía de España, que en los hombres de peso y realidad inspiraba

un amor vivo á la aparente justicia y superioridad norte-americana; por la ciega pasión de las libertades yankees, forma natural en toda alma ordenada del aborrecimiento á la opresión y desidia españolas; por el natural apego de los hombres de adelanto y orden á las libertades hechas, que suelen en los impacientes y egoistas convertirse en desdén y abandono de la libertad propia, y por el noble natural del cubano, que pisaba con ternura el suelo en que podía pensar libremente y trabajar sin deshonra, llegó el Cayo á amar tanto á la tierra de su asilo, y á confundir de modo tal la libertad que lleva de disfraz con la conquista que lleva en el corazón, que por su misma mano entregó al concho en mal hora el gobierno de la ciudad que el concho no había sabido levantar. Hasta en las entrañas de la casa ponía el cubano el agradecimiento: el uno reñía con sus amigos por defender este ó el otro candidato yankee; el otro, aunque volviera mañana á su tierra libre, levantaba, como la hermita de la gratitud, una casa en el Cayo á la orilla de la mar: bendecía el otro, ya á la sombra de los árboles plantados por su mano, el suelo donde le volvió á nacer la familia que le echaron de Cuba la pobreza y la persecución: le nacía al otro una hija, y la llamaba como una india buena, ó como un Estado de la patria norte-americana. Uno tenía á Blaine sobre el piano, y otro tenía en la sala á Cleveland. El de Blaine, engañado por el deseo, veía al redentor de Cuba en aquel prestidigitador de preocupaciones que fué de Cuba el enemigo más frío é insolente: el de Cleveland, creía ver en él el adversario de lo que en todas partes se ha de combatir, de la república de privilegios y el monopolio injusto.

Sobre lo venidero había vivido la industria americana, contando con que cuando se le acabase el consumo interior, siempre podría vaciar la producción excesiva en las tierras flojas de la América del Sur; y á eso vino aquella reciprocidad de comedia, y la desvergüenza, descabezada á tiempo, de aquel congreso pan-americano. Les falló el plan, porque no faltaron repúblicas previsoras ni vigías certeros, y anda el Norte desde entonces recogiendo los gastos, sin fener con qué pagar la mucha fabrica sobrante, ni dónde vender lo que produce. Las industrias de lujo, como la del tabaco, padecían las primeras de esta estrechez y alarma, y del balance brusco é inesperado en las cuentas galanas de la nación. Pero el Cayo flagelado cargaba alegre su miseria: ¿no habían vivido allí los padres veinticuero años? ¿no había comprado allí el obrero gota á gota su casita? ¿no estaba allí enterrada en aquella tierra blanca, la pobre madre vieja, la compañera de las manos duras, el primer hijo del matrimonio? ¿no había aprendido allí el esclavo, y el guajiro oprimido, y el pilluelo de la ciudad todos los deleites de la libertad y todas las arrogancias del hombre? O escaseaba el trabajo, ó era poco y rascado, y no había pan más que para una comida, ni más zapatos que los del domingo; pero allí vivían, sin empleo, centenares y miles, fieles á los sepulcros y al rincón querido, fieles al Cayo. De pronto, uno de los talleres de la ciudad, que venía levantándose y cayendo, y se había apuntalado con dos socios de cuna española, entró en tratos con la ciudad rival de Tampa, donde ofrecen á los fabricantes la tierra y las franquicias que el concal de Key West no supo darles, preguntan en Key West los norte-americanos por qué no van á Guayaquil, y oyen que

es porque no puede traer al Cayo obreros españoles; agencias subterráneas, que compran y velan, azuzan el interés desbocado de la gente inglesa: y aquel pueblo convertido de villorrio en ciudad por el esfuerzo cubano, aquellos comerciantes levantados de un peso á cien por el sábado cubano, aquellos jueces sentados en sus sillas por los votos cubanos, aquellos ebrios curados del delirio por médicos cubanos, aquellos hijos de una colonia redimida que no pueden, sin negarse á sí mismos, extrañar que, como ellos rechazaron el té inglés, rechacen á sus dueños los colonos cubanos, aquellos que los cubanos levantaban y querían, llenaron la plaza de gente, acusaron á los cubanos de rufianes, hasta árbol pidieron donde colgar algún cubano de ejemplar, y desertando los empleos que deben á la confianza y prosperidad de los hijos de Cuba, al patriotismo y trabajo de los hijos de la revolución, salieron de la ciudad creada por la revolución cubana á pedir á una monarquía extranjera soldados enemigos de los naturales de América que les han fabricado la ciudad,—á traer obreros nuevos, por la condición de ser europeos y enemigos de su comunidad; al pueblo donde de un año atrás padecen por centenares sin empleo los obreros fundadores. . . . El golpe no fué en el jornal, sino en el corazón. Se les amaba como á hermanos, y se revolían contra sus hermanos. Se veía en ellos la libertad suspirada, la república anhelada, la equidad y prestigio de la ley, el prestigio y la emancipación de América, y ellos aterran las casas, quitan el pan de la boca del trabajador, encarcelan á hombres inocentes, arrastran á un calabozo al que lleva á la cárcel un recado, piden para los cubanos el patíbulo en la plaza pública, ostentan en el pecho como un honor los colores que simbolizan en América la tiranía, y han flotado, sangrientos, sobre las ruinas de nuestras casas y los cadáveres de nuestros hermanos. ¡Ellos, los republicanos de América, con la insignia del asesinato al pecho! ¡Ellos, los hijos de un pueblo libre, subiéndole las escaleras á un soldado tirano é hipócrita, pidiéndole obreros con que empobrecer, y soldados con que humillar, á los que quieren, como ellos quisieron un día, hacer libre á su pueblo! Hélo el estupor á los cubanos, como si vieses, en la cama del hogar, muerto de puñalada lo que más querían. ¡Con que era sangre también, como el de Cuba, aquel mar azul? ¡Con que los echaban, como á los zorros de California, como á los últimos tejanos, de la ciudad que habían levantado, más que con el producto de su industria, con el tesón y empuje de su patriotismo? Uno hubiera querido arrancar su casa de raíz, y echarla á la mar; otro cargar las nueve criaturas, y salir á buscar justicia por el mundo; otro quitar el nombre á la hija. ¡Es el horror mayor é irremediable, ver infame ó indigno lo que amábamos! ¿Es así, pues, el universo entero? ¿No hay mérito ni virtud, no hay desgracia ni persecución, que puedan conmovir el corazón extraño? ¿Es inútil, pues, ante un pueblo que el mundo supone juicioso y viril, levantar, pecho á pecho, con los residuos humanos de una civilización viciosa una ciudad donde el desorden y crimen del despotismo se han condensado y ordenado en la honradez de la industria y la vida franca y variada de la libertad? ¿Es así, sin amor, sin caridad, sin amistad, sin gratitud, sin respeto, sin leyes, es así la primer república del mundo? ¡No hay, pues, asilo, ni en la primer república del mundo, para los pueblos que andan huyendo de la servidumbre! Ni ¿qué derecho tiene á la seguridad de la patria quien no tiene patria? Quien desee patria segura, que la conquiste. Quien no la conquiste, viva á látigo y destierro, oteado como las fieras, echado de un país á otro, encubriendo con la sonrisa limosnera ante el desden de los hombres libres, la muerte del alma. No hay más suelo firme que aquel en que se nació. ¡A Cuba! dice el alma entera, después de este engaño del Cayo, después de este golpe brutal en nuestro cariño y en nuestras soluciones: ¡á la única tierra del mundo de donde no nos echarán como á los zorros de California, y como á los tejanos!

Si hubiera habido provocación alguna, si hubiese habido relación entre la provocación cubana y los actos de los norte-americanos, si en realidad se hubiese violado por los cubanos el derecho de tránsito libre que concedé á todos los hombres, ó concedía hasta hace poco tiempo, la constitución del país, nunca habría excusa para que los norte-americanos—violando las leyes internacionales, y las del trabajo en su patria,—saliesen á pedir á un gobierno extranjero trabajadores que importar á un mercado sobrante de trabajadores, y gente enemiga que provocase un conflicto en la ciudad que debían salvar de él;

pero, ante la justicia seca, que es lo único á que ha de asirse el hombre decoroso y sensato, habría razón para que las autoridades de Key West mantuviesen la ley, por sobre la resistencia abusiva é indefinible de los cubanos. Si los cubanos quieren tierra inmune, donde puedan mandar, conquistense su tierra, como el yankee le conquistó al inglés la suya. Un yankee que ha conquistado su tierra no es igual, sino superior, á un cubano que no ha conquistado la suya: ¡ni aquellos yankees que pelearon por su libertad contra el inglés son iguales, sino superiores, á los yankees que van á pedir ayuda al extranjero para empobrecer y humillar á hijos de América que pelean por la libertad! Ciertamente es que—aun cuando los cubanos revolucionarios, que por su amor á la independencia de Cuba han poblado y enriquecido el Cayo, creyesen tener derecho moral, por más que legal no lo tuvieran, á mantener libre de la persecución española la ciudad que poblaron y enriquecieron—los antecedentes y espíritu de la nación americana les daban derecho á esperar de ella, para el natural de un país de América que pelea por emanciparse de una monarquía de Europa, la misma indulgencia, en estas cosas sagradas, que gozan en los Estados Unidos los irlandeses que pelean para emanciparse de la Gran Bretaña. Pero de los norte-americanos es el tener la indulgencia, y de los cubanos el cumplir la ley del país.

Los cubanos no tienen derecho alguno á impedir que un español, porque es español, desembarque en territorio de los Estados Unidos. Los Estados Unidos pueden y deben castigar á quien viole esta ley, como cualquiera otra de las suyas. Pero para castigar la violación, es preciso que la ley sea violada; para probar la violación es preciso probarla con las leyes establecidas para perseguir y las garantías que da la ley al perseguido. Pudo años atrás la pasión de la independencia armar de un garrote castigador el brazo de un puñado de cubanos fanáticos, tan capaces de pelear en el muelle de Key West como en la boca de los cañones españoles; y uno ú otro cubano pudo esperar en el muelle, garrote en puño, al español que, no cansado de echar al cubano en la Isla de todas sus mesas de trabajar, viene todavía al país extranjero á quitarle la industria que aprendió de él; ¿que no tienen corazón los españoles, ni ven esta injusticia? ¿que no tienen corazón los norte-americanos, y ayudan esta injusticia? Pero de lo que en tiempos pasados pudo un puñado de cubanos intentar, cuando no se había condensado la vida revuelta del Cayo recién nacido en el orden social superior en que ya hoy se condensa, de lo que pudo hacer un puñado de cubanos en Key West, que jamás fué ni hubiera sido, por la nobleza en el cubano natural, como los lynchamientos bárbaros del Sur y los continuos asesinatos de las carretas blancas del Noroeste, no puede un pueblo de ley, un pueblo de hombres sensatos y honrados, un pueblo de hombres justos y amigos, presumir, contra la verdad y las apariencias, que la ley va á ser violada en un caso posterior, y castigar de antemano con lujo de rabia en toda una ciudad, y con venganza inicua contra los que solo bien le han hecho, un delito que nadie ha cometido. Las relaciones de amistad de tantos años ¿no imponían entre cubanos y norte-americanos la averiguación siquiera de la conspiración imbécil que unos cuantos bandidos de la lengua imputaron, sin razón, á los cubanos? La causa moralmente respetable del desagrado con que los cubanos vean la ciudad que han poblado, y en que hoy viven sin empleo, ocupada por los obreros que los despojan en su propio país ¿no merece el afecto, y generosa cortesía, de los norte-americanos justicieros, en vez de su frenética enemistad. ¿Qué mano misteriosa andaba allí, qué norte-americano bribón recibió allí paga del gobierno de España para azuzar el interés y abusar del republicanismo de sus compatriotas, qué venganza de candidato frustrado ó corazón bajo y rencoroso encendió allí las preocupaciones injustas de los del Norte contra los de Cuba, que la obra de veinticinco años se olvidó en una hora, y la ciudad que nos debe su comercio, su industria, su renombre, el amor entrañable que le tuvimos, se alza, sin preguntar, contra nosotros, y organiza, con alarde de terror, una resistencia fuera de toda relación con el rumor vago que parecía fundarla? ¿Quién la preparó, que estaba tan bien preparada? ¿De cuánto tiempo venía, que resultó toda hecha? ¿Quién la pagó, que estuvo tan bien servido? ¿Por qué los hombres buenos cedieron, por ignorancia ó por pasión, ó por erróneo concepto de su interés, á una liga patente de intereses privados,—de demagogos que vienen de agitar las preocupaciones públicas,—de pedantes incapaces de comprender al pueblo virtuoso que desdennan, y en una hora de revuelta

sacian la ira, por años contenida, de haber necesitado de él, de haber vivido de su favor y de sus votos? ¿O es el pueblo norte-americano incapaz de justicia, del respeto que á la virtud se debe, y de la gratitud á que obliga la amistad? ¿Será así, feroz y desagradecido, todo el pueblo norte-americano? ¿Será que en el alma de la raza hay tal ira contra el criollo español, una idea tan falsa sobre su capacidad moral y política, que los hombres más ruines de la raza del Norte osan desdeñar las virtudes más meritorias en el cubano, porque las ha mantenido en la miseria y la esclavitud? ¿No habrá hombres honrados allí, que se avergüencen de lo que han ayudado á hacer, y se revuelvan contra los que, con un engaño inicuo, los obligaron á violar las leyes de su país, de las naciones y de la humanidad? ¿Derecho? ¿derecho alguno de parte de los norte-americanos para actos semejantes, para la junta de acusación en la plaza pública, para la imperdonable protesta, para ir á tratar sin permiso de su país con una monarquía extranjera y despótica, para pedir á un gobierno extranjero milicia con que injuriar y provocar á sus conciudadanos, para traer más obreros de afuera, contra la ley del país y la generosidad natural del hombre, á un pueblo donde están sin empleo centenares de obreros,—los obreros de los veinticinco años, los que han fabricado el pueblo? Porque se dijo que había una conspiración de diez y nueve cubanos contra los españoles que llegasen se hizo todo esto;—y cuando las personas de más respeto de la ciudad, héroes de casa antigua en la revolución de Cuba, apóstoles justamente venerados de los derechos populares, alcaldes hasta hace poco tiempo de ciudades cubanas, pidieron en nombre de su pueblo las pruebas de la conspiración, y se ofrecieron á castigarla, nadie presentó prueba, nadie pudo responder:—y cuando el abogado pidió al tribunal la libertad de los dos cubanos presos, sin las garantías de la ley, como cabezas de la conspiración—el abogado sólo, en aquella ciudad enemiga y aterrada—el tribunal dió libres á los dos hombres al instante, porque no había acusación alguna contra ellos. . . . ¿A qué, tiranía de España, te abandonamos, si hemos de encontrar en una república americana todos tus horrores? ¿Porqué tuvimos amor y confianza en esta tierra inhumana y desagradecida? No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. Es de sangre la mar extranjera. Nadie ama ni perdona, sino nuestro país. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. O valientes, o errantes. O nos esforzamos de una vez, ó vagaremos echados por el mundo, de un pueblo en otro. Aquellos que amamos, aquellos, con rabia de perro, nos morderán el corazón. . . . Cubanos, no hay hombre sin patria, ni patria sin libertad. Esta injuria nos ha hecho más fuertes, nos ha unido más, nos ha enseñado que el libro y el diploma y la chabeta, todos tenemos un alma misma; que España es el enemigo único, que en Cuba nos acorrala y nos corrompe, y fuera de Cuba nos persigue, por donde quiera que hay un hombre con honor, ó una mesa con pan; que no tenemos más amistad ni ayuda que nosotros mismos. ¡Otra vez, cubanos, con la casa á la espalda, con los muertos abandonados, andando sobre la mar! Cubanos ¡á Cuba!

LA DOCTRINA de MONROE.

LIBRO NUEVO DE
José María Céspedes.

INTRODUCCION.

Me propongo escribir un libro sobre la doctrina de Monroe, no porque crea que el asunto en sí mismo merezca tal honra, sino por la indisputable importancia de los acontecimientos anteriores y posteriores que con él se relacionan. Para comentar las palabras del quinto Presidente de los Estados Unidos hubiera bastado un simple artículo de periódico, de más ó menos extensión. Y esa fué precisamente mi primera idea; pero el estudio de la materia y el arsenal de datos recogidos, me hicieron variar de rumbo, creyendo que, sin olvido del tema principal, puedo ocuparme en la dilucidación de otras cuestiones interesantes, fijar puntos de vista de verdadera actualidad y recoger datos útiles para la Historia de América.

Al buscar las causas que determinaron las frases de Monroe en 1823 tendré que referirme al estado de Europa desde la Revolución Francesa, á las guerras napoleónicas y á los congresos de la Santa Alianza contra el coloso del siglo, contra los levantamientos

populares y contra las conquistas de la libertad. Cuando juzgue la doctrina habré de tocar forzosamente el derecho de intervención de los Estados respecto de la existencia y manera de ser de los otros pueblos soberanos, de la independencia de la América española, leyes de neutralidad, guerra de Cuba, &c. Y como para todo eso se necesita un libro, lo escribo sin más vacilaciones y lo entrego á la publicidad.

La doctrina de Monroe ha sido constantemente invocada y se invoca hoy todavía por los amantes de las libertades americanas. Es lástima que los resultados no hayan correspondido á los buenos deseos de los que la proclamaron y á las esperanzas de los que la creyeron una verdad indiscutible. Puede acontecer que los últimos ignorasen su genuina significación y alcance; ó que los primeros, arrepentidos de haber ido demasiado lejos, pusiesen freno, más tarde, á sus ímpetus ardorosos, volviendo á la desconsoladora frialdad egoísta, que constituye la nota saliente de su carácter. Pero también es posible que ambas cosas hayan contribuido al descrédito del maltrecho dogma de los americanos del Norte.

Los tratadistas de Derecho Internacional apenas mencionan la doctrina de Monroe. Y esto se debe á que nunca pasó de doctrina, ó más bien, de opinión atribuida á un esclarecido jefe del Estado más poderoso de ambas Américas. Tampoco ha recibido, por lo mismo, aplicaciones prácticas. Pero, á pesar de todo, hablan de ella con fruición los latino-americanos, la comentan y la ensalzan y pretenden aprovecharse de sus principios en sus relaciones internacionales con los europeos. Los americanos sajones ven y oyen impasibles los sucesos y las alabanzas, para encastillarse luego, según los casos, en sus relaciones amigables con las potencias trasatlánticas ó en la estricta observancia de sus leyes de neutralidad. Y respecto de alianzas con los Estados jóvenes, sus vecinos, para defender el derecho y la libertad, responden con desdén: "Nosotros somos fuertes, y no necesitamos de vuestra ayuda. Defienda cada cual su casa, y en paz."

Si estudiamos bien la doctrina y nos damos cuenta de las circunstancias en que surgió, desaparecerán por completo, del espíritu, las nubes que hayan podido impedirle descubrir la realidad. Nadie podrá llamarse á engaño; y cada cual sabrá á qué atenerse en lo adelante.

No abrigo prevención alguna contra los Estados Unidos, ni menos contra sus habitantes. Admiro como el que más el prodigioso crecimiento material é intelectual de la gran república. Me entusiasman sus sabias instituciones y celebro la exquisita prudencia con que manejan sus relaciones exteriores en beneficio propio, sin cuidarse mucho ni poco, en forma positiva y aprovechable, de la suerte de los otros. Pero eso mismo hace que no dé fe á sus protestas de amor por todas las libertades, ni á las estudiadas y sibilticas frases con que, de vez en cuando, halagan los oídos de sus coterráneos de América, ó pretenden amenazar á las potencias de Europa.

Las palabras "América para los americanos" atribuidas á Monroe se han pronunciado repetidas veces por los representantes de las dos grandes razas pobladoras del Nuevo Mundo. Y tanto los sajones como los latinos las usan como armas de combate contra los europeos. Los últimos, sin embargo, no han visto bien lo que los primeros quisieron escribir entre líneas. Ellos que han mirado siempre con desdén y en ocasiones con desprecio á los republicanos de la otra estirpe, se aplican á sí mismos, con exclusión de los otros, el dictado de *americanos*. Para ellos no hay en América más americanos que los del Norte. Ellos son los únicos acreedores á la libertad, los únicos que podrán mantenerla incólume, los únicos capaces de gobernarse por sí mismos y los únicos predestinados por la Providencia para absorber y dominar toda la América continental y antillana.

Y esto no lo escribo sin pruebas. Decretado el abandono de Santo Domingo por el Ministerio Narváez en 5 de mayo de 1865, ofreciéronse dificultades en el acto de la entrega, porque el gobernador general de la isla, don José de la Gándara, quería consignar que el gobierno español hacía el abandono por un acto voluntario de alta generosidad, etc. Uno de los comisionados dominicanos le contestó diciendo que no podía permitir que la independencia reconquistada á fuerza de tantos sacrificios se atribuyese á dádiva generosa de ningún poder que no fuera el de Dios, y añadió: "que el pueblo dominicano, sin distinción de color ni gerarquía, había mantenido la cruz blanca de la república, apoyado en el principio de la gran madre de las naciones, de que la América pertenece á los americanos." (*Annual Cyclopaedia*, 1865, págs. 754 y 768.) Hablando del reciente y ya célebre bill Mac-Kinley acaba de decir Lord Kimberley, miembro del gabinete británico, que el citado bill tiene dos aspectos: uno puramente económico, el ostensible; y otro esencialmente político, el oculto. Y que el objeto del último no era otro que el de realizar en plazo más ó menos breve la doctrina de Monroe: *América para los americanos*. (Artículo editorial del periódico *La Lucha* de la Habana, número del día 5 de abril de 1892.)

El Presidente Johnson en su mensaje de 2 de diciembre de 1867, dijo: «Yo convengo, con nuestros primeros hombres de Estado, en que las Indias Occidentales naturalmente gravitan, y puede esperarse que al fin sean absorbidas por los Estados continentales, *incluso el nuestro*.» Y como arrepentido de tanta modestia, relegándose al último lugar en el re-

parto de las Antillas, barrió luego con todo, imitando al león de la fábula, en su otro mensaje de 7 de diciembre de 1868. En este dijo: «Una política nacional inteligente parece que debía sancionar la adquisición é incorporación en nuestra República de las diversas comunidades adyacentes continentales é insulares, tan pronto como pudiese hacerse pacífica y legalmente y sin violación alguna de la justicia, la fe y el honor nacional.» (*Annual Cyclopaedia*, 1867, pág. 641; y 1868, pág. 647.)

Y más concretamente, tratándose de la beligerancia de los cubanos, el diputado por Indiana Mr. Orth, pronunció en la Cámara de representantes estas imprudentes palabras: «La Isla de Cuba debe inevitablemente gravitar hacia nosotros; y más temprano ó más tarde se agregará á nuestras posesiones. Su proximidad á nuestras costas, su posición geográfica, la creciente debilidad del gobierno español—éstas y muchas otras consideraciones señalan más claramente el último destino de esa rica joya de las Antillas. Cuando la manzana esté madura caerá; y caerá en nuestras manos. No es sabia política, en vista de lo inevitable, apresurar prematuramente esa caída.» (*Annual Cyclopaedia*, 1867, pág. 641; y 1868, pág. 647.)

Podría continuar haciendo citas y reunir una nutrida colección de pasajes de la propia índole; pero lo juzgo innecesario y enojoso. Con las muestras apuntadas y la fama universal de los gobernantes y hombres de Estado anglo-americanos, basta á mi propósito. Los Estados Unidos del Norte se proponen dominar toda la América, como Napoleón Bonaparte se propuso dominar toda la Europa. Es verdad que los medios puestos en juego son, al parecer distintos. El último se valió de la fuerza y del pretendido derecho de conquista; mientras los primeros se valen de la diplomacia y del derecho de compra-venta. Con tan pacíficas artes han aumentado extraordinariamente su territorio nuestros sabios y prudentes vecinos. Falta averiguar si siempre las anexionés y las compras han sido legales y justas en condiciones y precio. Pueden ilustrar esta materia las adquisiciones de la Luisiana y la Florida, la compra de Alaska á los rusos y las frustradas de San Thomas, San Juan y Santa Cruz á los dinamarqueses, la independencia y anexión de Texas, las tentativas de anexarse las islas de Santo Domingo y Cuba y los contratos leoninos celebrados con las tribus indias para despojarlas del suelo en que nacieron. En todos esos casos ha servido mucho á los norte-americanos su política y diplomacia, sazónada con algunos conceptos decisivos escritos entre líneas; pero también es preciso convenir en que no pocas veces, y sobre todo tratando con los indios, han cuidado de enseñar previamente los fusiles y el cañón.

No sería imposible que los anglo-sajones americanos dominasen en todas las Américas continentales y antillanas y que se cumpliera el bello ideal de sus aspiraciones. Y, llegado ese día, es claro que los anejantes estarían contentos y satisfechos. Pero ¿acontecería lo mismo respecto de los anexados? Los Estados y colonias de raza igual ó afin no perderían gran cosa en el cambio, aun cuando tampoco ganan mucho: la asimilación sería posible. Los Estados y colonias de raza distinta representarían el cuadro de la crucifixión con todos sus horrores; la asimilación sería imposible. Los elementos heterogéneos no se asimilan jamás completamente. Cualquier pretendida asimilación entre ellos sería ficticia, raquítica é insostenible.

Parece más fácil la absorción; pero en las absorciones es muy difícil determinar luego el elemento más débil que haya entrado en el compuesto. Y lo probable es que la absorción se traduzca en desaparición ó destrucción. La ciencia antropológica, en armonía con la historia, nos enseña que las razas superiores, en contacto con las inferiores, no se las asimilan ni absorben, sino que las hacen desaparecer paulatinamente. Pero como en nuestro problema son igualmente superiores las dos grandes razas de que tratamos, parece más oportuno aplicar al caso la ley darwiniana de la lucha por la existencia: el más fuerte se hará camino, dejando exánime al más débil en el campo del combate.

Y á esto se agrega que los gobiernos de la América del Norte han dicho en diversas ocasiones y en todos los tonos, aunque con marcada hipocresía, que las ventajas de la posesión del suelo que ocupan hoy los Estados y colonias latinas se neutralizan con los inconvenientes de tener que soportar á sus habitantes, levantiscos de suyo, no educados para la libertad y confundidos con los negros y los chinos. Eso denuncia á las claras la suerte que amenaza á los incautos hispano-americanos que sueñan con la anexión. El desengaño vendría tarde y cuando el suicidio de la personalidad y de la estirpe estuviese ya consumado.

Los gobiernos extraños, por malos que sean, deben tolerarse y sufrirse con paciencia hasta que se pueda tener gobierno propio. En las anexionés hemos visto que pierde siempre la parte más débil que se une á la más fuerte. Los que tengan la dicha de gobernarse á sí mismos, por desventurados que sean, no deben abdicar su libertad para entregarla á manos ajenas, por más expertas y hábiles que se las juzgue para conducir la nave común.

Nuestras ideas encontrarán confirmación cumplida en los distintos capítulos de este libro. Los hechos que consignaremos serán la mejor advertencia y la propaganda más eficaz contra los proyectos de ane-

ción á los Estados Unidos de América. Quédese cada cual en su casa y Dios en la de todos. Y el que no tenga casa trabaje para construirla, porque nada hay más dulce que el hogar propio, libre é independiente.

CALIXTO GARCIA

VIVE

El héroe de Auras no ha muerto; el que en la noche silenciosa, al nacer de nuestra independencia, oía de adentro de la casa solariega los rumores del hogar dormido, de los hijos y de la mujer, y afuera el convite á la muerte y al honor, y dejó el hogar soló, y se fué al convite; el que, cuando la sorpresa y los celos nacidos de la guerra larga y abandonada, dieron en el Zanjón con la primer república de Cuba, se alzó en la soledad, y desplegó en ella sin miedo la bandera rendida; el que con igual cuidado estudia las leyes de la paz y las de la guerra, y en la defensa de la patria ganó ya tanta honra que ni él mismo se la pudiera arrebatar,—no ha muerto. El cable, ligero ó interesado, anunció falsamente su suicidio. La noticia, con rara tenacidad, quedó en pie sin que nadie la desmintiera. PATRIA dijo la palabra de amor debida al héroe. La madre, el cariño que no acaba, preguntó á Madrid por su hijo, y Calixto García le responde desde Madrid: «estoy vivo.» ¿Quién que sepa de gratitud extrañará la alegría de nuestro corazón cubano? En la vida de un hombre que en las batallas de la redención encarnó un día á su pueblo; que, en la contienda del valor que se sacrifica con la desidia que lo muere, enriqueció las glorias patrias con hechos de valor supremo; que, en la pelea de su pueblo envilecido con el amo que se lo come y envilece, no le sirvió el plato al amo, sino le clavó la espada en el apetito ¿qué importarían, aunque los hubiese, un gesto brusco, un desdén inoportuno, un error de concepto, justificado acaso por la impaciencia y la hombría, ó un rasguño en las botas de camino?

Feliz ha sido, por otra parte, la equivocación de la muerte, puesto que por ella, allá en los fríos acuchillados de Madrid, habrá podido ver el hombre de la Revolución cómo sus hermanos lo aman y veneran, cómo—en el seguro de su tumba—ni sus compañeros de ayer ni los hijos de sus compañeros tuvieron para él más que palabras de cariño y de gloria.

La Protesta de Thomasville

Ni pueblos ni hombres respetan á quien no se hace respetar. Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica, que, en la más justa de sus historias y en el más puro de sus hombres, nos tiene como á gente jojota y fementil, que de un bufido se va á venir á tierra; cuando se vive, y se ha de seguir viviendo, frente á frente á un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente erigirse cada vez que haya justicia ú ocasión, á fin de irle mudando el pensamiento, y mover á respeto y cariño á los que no podremos contener ni desviar, si, aprovechando á tiempo lo poco que les queda en el alma de república, no nos les mostramos como somos. Ellos, celosos de su libertad, nos despreciarían si no nos mostrásemos celosos de la nuestra. Ellos, que nos creen inermes, deben vernos á toda hora prontos y viriles. Hombres y pueblos van por este mundo hincando el dedo en la carne ajena á ver si es blanda ó si resiste, y hay que poner la carne dura, de modo que eche afuera los dedos atrevidos. En su lengua hay que hablarles, puesto que ellos no entienden nuestra lengua.

Todo eso han entendido los muy nobles cubanos de la fábrica de M. Corcés, de Thomasville, al protestar, en documento muy bien construido y dicho, contra el increíble reino del terror, latente por desdicha en el corazón de este país, con que para impedir que se les mudara una fábrica á un puerto rival, y á la hora misteriosa en que á España convenía, asombraron sus vecinos de habla inglesa á los cubanos de Key West, trayendo á boca de fusil obreros extraños á sentarse á las mesas que por años habían ocupado sus compañeros desposados. El lenguaje de la protesta tiene aquella severidad irrefutable que viene de poner por delante los hechos que la palabra merecida flagela luego. La protesta en inglés de los enérgicos cubanos de Thomasville, respetada

como habrá sido por la fuerza de su pensamiento y la justicia de su indignación, merece plácemes enteros, porque por ella nos hacemos oír de la gente honrada que por ignorancia ó error nos malmirase, y por ella muestran los cubanos que, á la hora de la bofetada, no hay entré nosotros más que una mejilla.—Todos resistamos aquello de que hemos de padecer todos.

DUELO

EN pocos días ha pasado el doctor Esteban Borrero por la honda pena de ver desaparecer los dos únicos seres que con él compartían la herencia intelectual y el ilustre nombre del más dulce é inspirado de los poetas del Camagüey.

Elena Borrero, poetisa inspirada, madre ejemplar de una larga familia y educadora distinguida, acaba de fallecer en Cienfuegos, donde ejercía su noble profesión.

Casi al mismo tiempo sucumbía, víctima de prolongada dolencia, en el Camagüey, Manuel Borrero, el dulce «vaté», amado por cuantos en aquella heroica tierra, pudieron apreciar su afable carácter y sus extraordinarias dotes intelectuales.

Tamaña desgracia abatiría el ánimo de alma menos fuerte que la de Esteban Borrero.

PATRIA no intentará enviarle consuelos, ya lo dijo él:

«¿Consuelos? Quien nos habla de consuelos?
¡Nacimos condenados al dolor!»

CONCIERTO

DE ARTISTAS NEGROS EN NEW YORK

[Del *Evening Telegram*, alcance al *New York Herald*]

EL concierto recientemente organizado por el maestro Dvorak y la señora Thurber, en la sala de música del *Madison Square Garden*, el más bello y elegante de los salones de concierto de New York, fué uno de los incidentes en verdad más notables de este ó cualquiera otro país.

Cuando el auditorio se reunió allí, esperaba muy poco de la fiesta, y con poco estaba dispuesto á contentarse, porque había comprado sus asientos en beneficio de una obra de caridad: ese mismo auditorio, al retirarse, iba lleno de ardiente entusiasmo, y con la certidumbre de haber asistido á un espectáculo sorprendente, nuevo y satisfactorio:—¡ todos los artistas en aquel concierto, con una excepción sola, pertenecían á la raza de color!

La señora Thurber cree que no basta con la emancipación del cuerpo; que cuantas ventajas pueden ofrecerse á un niño blanco, deben, en igualdad absoluta, ofrecerse á los niños de cualquiera otro color; y la señora Thurber tiene el valor de sus convicciones.

En el fondo de la sala había un coro compuesto de niños negros. Se les había ejercitado bien y cantaron con lucimiento extraordinario. Pertenecen á una raza musical, y sus voces vibraban claras y finas. Sería difícil hallar un número correspondiente de niños blancos que se desempeñasen mejor.

Acaso somos deudores al maestro Dvorak de este adelanto. El ha viajado por todos los Estados Unidos, y desde hace mucho tiempo viene proclamando su opinión de que las melodías de los negros del Sur han de venir á ser la base de la música nacional futura. Acaso ande en esto el maestro algo esperanzado y exuberante. La música negra está casi siempre en tono menor: corre por ella una vena de tristeza que es la consecuencia natural de largas generaciones de esclavitud. El pueblo americano, por otra parte, es fuerte y gozoso, y brillante y feliz, y la música que haya de representarlo debe participar de estas cualidades. Si hemos de tener una música nacional, ha de ser viril, optimística, alegre, vigorosa. Imposible parece sacar música semejante de los cantos nacidos de una raza oprimida y adolorida.

Eso, sin embargo, importa poco. No nos cuidemos ahora de la música del siglo veinte. Ya cuidará ella de sí propia cuando llegue, y llegará cuando haya demanda urgente de ella.

Lo que nos interesa es el hecho de que hombres negros, mujeres y niños negros, sean admitidos en un Conservatorio semejante, por la razón, y nada más que por la razón, de que tienen buen oído y voces buenas. Cuando la señora John dió el *la* sobrecagudo esa noche, con tanta naturalidad como la Patti en su mejor momento, y cantó con tanto brío y gracia como cultura, el auditorio no hallaba manera de acabar de aplaudir, ni cesó la ovación hasta que cantó de nuevo la señora.

La ciudad de New York debe estar agradecida al maestro Dvorak por sus esfuerzos, y á la señora Thurber por la cordialidad con que los ha secundado.

“LA GACETA ILUSTRADA”

BAJO la dirección del competente literato puertorriqueño, señor Francisco J. Amy, ha empezado á publicarse un nuevo periódico ilustrado que verá la luz mensualmente. Será, sin duda alguna, y como se proclama, un repertorio pictórico de la vida contemporánea. Los asuntos picantes, burlescos ó extraordinarios que ocurran en esta gran metrópoli, serán revistados en esta publicación por el lapiz experto de dibujantes acreditados; y por la pluma fácil de escritores loguados en las escaramuzas de los chistes picantes y de buen gusto. Además, la literatura amena é instructiva tendrá cabida amplia en las columnas de *La Gaceta Ilustrada*, y nuestros escritores de Hispano-América encontrarán en ella un nuevo palenque donde lucir la gallardía de su ingenio y los recursos de su imaginación.

El nombre de su Director es garantía de acierto y de pulcritud, y esto le dará fácil acceso en los hogares de nuestra América culta, que si rechaza la literatura pornográfica, sabe acoger solicita la que es fácil y espontánea brindando momentos de solaz después de la brega afanosa por la vida.

Tenemos á la vista el número primero correspondiente al mes en curso, y de él tomamos los dos siguientes párrafos, que confirman las apreciaciones que dejamos sentadas:

«Dejando á sus demás colegas la ardua tarea de arreglar el mundo y de discutir los graves problemas políticos, económicos y sociales, *La Gaceta Ilustrada* se limitará á ser el repertorio pictórico de la vida real contemporánea, consagrándose á ilustrar los sucesos y episodios extraordinarios, ya cómicos ó dramáticos, que diariamente se desarrollan en el ancho teatro del mundo, y que por ser humanos son siempre de interés.»

Peró al hacerlo, conste que no incurrirá jamás en el imperdonable delito de la vulgaridad, y ni en sus grabados ni en el modo de tratar los asuntos que escoja, se hallará nada que ofender pueda el buen gusto ó haga subir los colores al rostro de la más pulcra doncella.»

Una advertencia importante. *La Gaceta Ilustrada* solo cuesta al año un peso, oro americano, dirigida á cualquier parte de América ó las Antillas españolas. ¿Quién no ha de suscribirse á tan poco costo?

Los Poetas de la Guerra.

Hermoso volumen de 150 páginas, de poesías escritas en la Revolución, con un prólogo por José Martí y notas biográficas por Serafín Sánchez, Fernando Figueredo, Gonzalo de Quesada, etc.

Se vende en la Redacción de PATRIA y en la IMPRENTA AMÉRICA, á 50 cts. el ejemplar.

“PATRIOTISMO”

CUENTOS DE GUERRA

—TRADUCIDOS DEL FRANCÉS, 1893—

POR GONZALO DE QUESADA

Un hermoso volumen ilustrado, con 22 grabados. La impresión es esmerada y la distribución de su contexto no deja nada que desear.

Se vende en la Redacción de PATRIA

A UN PESO EL EJEMPLAR.

LA DIVISA CUBANA.

Precio



15 cts.

Esta divisa la constituye un precioso botón de seda para colocar en el ojal de la solapa de la levita y el cual tiene los colores de la bandera cubana.

De venta en la Administración de PATRIA, á 15 cts. cada una.

Unico fabricante,

David Fuld.

304 Duval street, Key West, Fla

**PROFESIONES,
Artes, Industrias
PUERTORRIQUEÑAS Y CUBANAS.**

MANUFACTURAS

DE TABACOS, CUBANAS Y PUERTORRIQUEÑAS.

- ADAY, R. V., 34 Old Slip.
- AGUERO, J. M., 50 Fulton St.
- AGUILAR, T., 236 Bleecker St.
- BARRANCO & Co., 281 Pearl St.
- BETANCOURT, F., 29 Fulton St.
- BALMACEDA, Luis, 932 Columbus Av.
- COSIO & Co., 130 Maiden Lane.
- CONDERO Bros. & Co., 214 Pearl.
- CORDERO y Miranda, 185 Prince St.
- FONSECA & CO., 169 Front St.
- FRAGA, Juan, 839 Fulton St., Brooklyn
- GALINDO, R. C., 20 1/2 Fulton St.
- LOPEZ Havana Cigar Co., 36 Maiden Lane.

- MANRESA, J., 32 Platt St.
- MARTINEZ Ibor & Co., 89 Water St.
- MEDINA, Eligio, 6 University Place.
- OLIVELLA, L., 149 Bleecker St.
- O'FALLON, S., 627 Columbus Ave.
- PEREA Bros., 91 Barclay St.
- QUESADA, F., 320 Fourth Ave.
- RODRIGUEZ, L., 7 Courtland St.
- RODRIGUEZ, R., 62 E. Fourteenth St.
- RODRIGUEZ, A., 5 Beekman St.
- ROIG, J. P., 105 Maiden Lane.
- SAUME, J., 195 Allen St.
- TRUJILLO & Benemelis, 18 Burling Slip
- TRUJILLO & Sons, 90 Wall St.
- XIQUES, J. F. J., 489 Broadway.

MANUFACTURAS

ESPAÑOLAS Y AMERICANAS QUE, ADEMAS DE LAS ARRIBA EXPRESADAS, EMPLEAN CUBANOS Y PUERTORRIQUEÑOS

- Amo, Perez & Co., Fulton y Front.
- Argüelles, Isidro, 172 Pearl St.
- Argüelles, Lopez & Co., 222 Pearl St
- Díaz A. & Co., 118 Maiden Lane.
- García Pando & Co., 228 Pearl St
- García & Vega, 171 Pearl St.
- García & Guerra, 22 Gold St.
- Ghio & Rovira, 251 E. Thirty-third St.
- Guedalia & Co., 54 Third Ave.
- Jacoby S. & Co., E. Fifty-second St.
- Lopez, R., 16 Cedar St.,
- Lozano Pendas & Co., 209 Pearl.
- Monne & Bro., 39 Barclay.
- Perez, M., 150 E. Fourteenth St.
- Ottenberg, G & Bros., 2d Ave & 22d Street.
- Torres, J., 93 Maiden Lane.

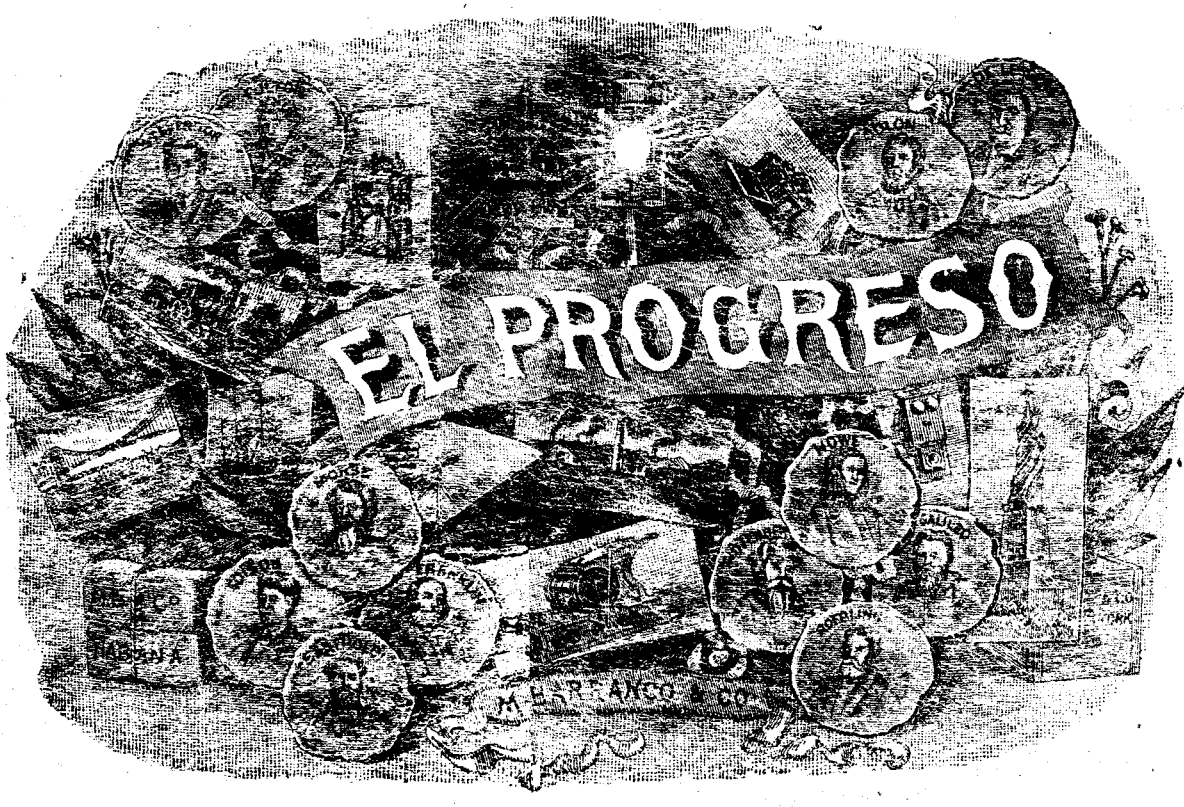
COMERCIALES.

- Asencio y Cosio, 33 Pine street
- Barrios, Zacarias, 23 Coenties Slip
- Barranco, Manuel, 281 Pearl street
- Córdova, Pedro, Corredor, 180 Pearl
- Cestero, J. N., 76 Pine street
- Ferrer, Carlos, 39 Broad street
- Fowler, R., 138 Pearl street.
- Garmendia, F., Cotton Exchange B'ding
- Gilberga, Benjamin, 118 Wall street
- Guerra, Benjamin, 281 Pearl street
- Gutierrez, José A., 75 Pine street
- López, Virgilio, 40 Pearl street
- Marsans, Rómulo, 118 Wall street
- Martínez, Aristides, 207 Pearl street
- O'Kelly, José E., 142 Pearl street
- Pera L., 119 Fulton street
- Pierre, Fidel G., 81 New street
- Pedraja, Rafael, 4 Cedar street
- Sariol, Arturo 81 New street
- Suzarte, E., 81 New street
- Souto, B., 161 Front street
- Veranes, Luis, 81 New street
- Varona, Adolfo.
- Zalzo, E., 4 Cedar street

MEDICOS.

- Agramonte, Enrique.
- Alvarez, J. R., 305 E 86th St.
- Amabile, F., 1636 Lexington St.
- Arango, Agustín, 125 E 26th St.
- Baralt, Luis A., 250 W 55th St.
- Crispín, Antonio, 1654 Madison Ave.
- Fernández, A. M., 140 W 10th St.
- Ferrer, J. M., 35 E 31st St.
- Gomez, H., 152 W 123d St.
- Guiteras, R., 107 W 54th St.
- Henna, J. J., 8 W 40th St.
- Miranda, R. L., 349 W 46th.
- Portuondo, B. H. 340 E 116th St
- Pell Davis, F., 320 E 26th St.
- Quesada, G. J.
- Reiling, F., 210 E 50th St.
- Romero, G., 120 E 30th St.
- Sauvalle, J. S., 228 E 13th St.
- Sabater, D., 107 E 30th St.
- Sarlabous, E. J., 96 MacDougall St.
- Terry, Antonio.
- Varona, J. de la C., 327 E 31st St.
- Vidal, E. C., 241 E Fifty-second St.
- Vidal, J. E., 48 Beach St., Stapleton, S. I.
- Victoria, J. Lopez, 322 E 69th St.
- Zayas, Lincoln, 356 W 56th St.

TABACOS PUROS SUPERIORES
 fabricados en Key West con rama habana de primera clase.



De venta en todas las Tabaqueras de los Estados Unidos.



**INSTITUTO
ESTRADA PALMA**
de Enseñanza primaria y secundaria.
(FUNDADO EN 1885.)

Este establecimiento se trasladó a un espacioso edificio con notables mejoras, donde recibe niños y jóvenes de todas edades y niñas de siete á catorce años.

Varios estudiantes de Hispano-América se han preparado en corto tiempo en este Instituto y han ingresado con éxito en la Universidad de Medicina y en la de Cornell, Ithaca.

Para catálogos y demás pormenores dirigirse á
Tomás Estrada Palma,
Central Valley, Orange County, N. Y.

**GRAN FABRICA
DE
GIGARROS HABANOS
"LA AMERICA"
DE SEBASTIAN CABRERA.**
178 Rockway Ave.
Brooklyn, N. Y.

HERMINIA ANDRADE DE BENECH.
PERFECCIONADA MODISTA.

Ofrece sus servicios al público en general y se hace cargo de toda clase de trabajos de bordados en seda, muselina, olan, lino y otros generos.

Recibe órdenes en el No. 374, 8th. Avenida, entre 28 y 29 Sts.—N. Y.

CRIMENES HISTORICOS.
COMETIDOS EN CUBA POR LOS ESPAÑOLES.
—POR—
J. D. HERNANDEZ.

Se vende en esta redacción á cincuenta centavos el ejemplar.

"ENSAYOS POLITICOS."
ARTICULOS Y DISCURSOS
—POR—
RAFAEL SERRA

Un volumen de ciento cincuenta páginas.
—Agente, M. de J. González, 206 East, 85th. Street.

A. T. BERUTICH. E. SPINETTI.
Hotel America.
1469 Michigan Avenue,
CHICAGO.

Sucursal del Hotel AMERICA de N. York
El único Hotel español é hispano-americano, situado en el punto más elegante y aristocrático de la ciudad.

PRECIOS: de \$3 \$4 diarios, según las habitaciones.
CABLE: BERUTICH.

ANTONIO RODRIGUEZ.
Residente en esta ciudad hace diez y seis años, y habiendo trabajado en las mejores fábricas de Nueva York, se ofrece á la colonia Española é Hispano-Americana para todos los

**Trabajos de Joyeria
Y COMPOSICIONES.**
Garantizando todos sus trabajos.

Acudo á recoger los trabajos por medio de un aviso postal.
205 East 83d St.,
NUEVA YORK.

"NATUEY."
Poema Dramático
—POR—
FRANCISCO SELLEN.

Se vende en la Redacción de PATRIA á 50 centavos el ejemplar.

**"EL GRAN -
-LUCERO."**
—NOVELA INGLESA TRADUCIDA POR—
BENJAMIN GIBERGA.

De venta en la Redacción de PATRIA á treinta y cinco centavos ejemplar.

—BROOKLYN—

- Buchaca, 253 E Reid St.
- Costales, A., 518 Evergreen
- Criado, L. F., 147 Fort Green
- De Castro, J. F., 553 Henry
- Figuera, M., 12 Stuyvesant Ave.
- Osorio, Justo, 57 Concord St.
- Ponce, N. J. 337 First St.

ABOGADOS.

- Agramonte, Emilio, 280 Broadway
- Del Pino, Emilio, 45 William
- Gonzalez, Antonio C., 35 Broadway
- Jones & Govin, 45 Cedar.
- Ponce de León, Néstor, 40 Broadway
- Quesada, Gonzalo, 58 William
- Roura, José, 4 Warren.

NOTARIOS.

- González, Antonio C., 35 Broadway
- Ponce de León, Julio, 40 Broadway
- Ponce de León, Néstor, 40 Broadway
- Vintleim Maiden, G., 45 Cedar St.

PROFESORES DE MUSICA.

- Agramonte, Emilio, 100 Lexington Ave.
- Castellanos, Miguel, 124 W. 127th.
- Fuentes, Pedro M., 132 W 44th St.
- Godoy, José, 120 W 35th St.
- Núñez, Gonzalo, 1976 Lexington Ave.
- Navarro, Rafael.
- Salazar, Isabel.
- Salazar, Pedro.

DENTISTAS.

- Agramonte T., 100 Lexington Ave.
- Lopez, Oscar, 8th Ave & Thirty-fourth St
- Ochoa, Raul, 103 E Fourteenth St.
- Sabater, Domingo, 107 E. 30.
- Zayas Bazán, Virjilio, 108 E. 17.

ARTISTAS.

- Edelman, Federico, 232 W 14 street.
- Jimeno, Patricio, 232 14 street
- Molina, Alberto, 341 5th Avenue

COLEGIOS.

- Palma, Tomás Estrada, Central Valley, Orange, N. Y.
- Quesada, "Flora y Leopoldina," 60 Lexington Ave.

PERIODICOS.

- "El Porvenir" 51 New Street
- "Revista Popular" 46 Vesey street.

BOTICAS.

- Peraza, Domingo, 301 Third Ave.

BODEGAS.

- Desvernine, P., 52 Beaver
- Lezpona, F., Maiden Lane 70

RESTAURANTS.

- Boulanger, 22 W Third Street
- Calderín, P., 236 Sullivan
- Moreno, J., 173 Prince
- Pollegre, Guillermo, 214 Pearl

LOGIAS.

- Logia "Estrella de Cuba" Benjamín Gilberga, Venerable Maestro, 118 Wall Street.
- Logia "La Fraternidad" M. Andrade, Venerable Maestro, 220 E 15th Street.

PRESIDENTES

DE SOCIEDADES CUBANAS Y PUERTORRIQUEÑAS.

- "Ignacio Agramonte" J. F. Silva, 214 Pearl Street
- "La América" Francisco Lahens, 214 Pearl.
- "La Igualdad" Manuel Coronado, 944 Third Avenue.
- "Los Treinta" P. Calderín, 235 Sullivan
- "La Fraternidad" M. A. Tirado 36 Vesey St.
- "La Liga" Rafael Serra, 74 W Third street
- "San Carlos" Eusebio Díaz, 1372, Third Ave.

CLUBS POLITICOS.

- "Los Independientes" Juan Fraga, 839 Fulton, Brooklyn
- "Borinquen," Sotero Figueroa, 298 Broadway
- "Pinos Nuevos" Federico Sanchez, 860 W 9th Av
- "Cubanacán" Gonzalo de Quesada 349 W Forty-sixth Street

SECCION DE ANUNCIOS.

HOTEL CENTRAL.

—Nos. 154-156, W. 14th Street—
NEW YORK

HOTEL DE 1.ª CLASE.

ESPECIALMENTE

Para Familias Latino-Americanas.

MAGNÍFICAS HABITACIONES.
CUARTOS CORRIDOS.
COCINA ESPAÑOLA
Y FRANCESA.

Precios Moderados.

Se habla español, francés é inglés. El Agente de la casa se encontrará en los muelles á la llegada de los vapores.

Gervasio Pérez,
Propietario.

HOTEL DE SUAREZ

CONOCIDO POR

**EVERETT HOUSE,
EN SARATOGA.**

Este Hotel bien conocido de los viajeros de las Antillas y toda la América latina, se abrirá al público el día 1 de Junio, y continuará hasta el 1 de Octubre.
Durante el invierno se han hecho en él importantes mejoras, además de las ya conocidas, con lo cual es sin duda uno de los más convenientes para familias.

Precios: De \$2-50 á \$4-00 diarios

ARREGLOS ESPECIALES PARA FAMILIAS.

Para precios y demás informes dirigirse á

P. M. SUAREZ, Propietor.

NOTA A LOS VIAJEROS.—El Sr. Suárez ha sido nombrado Superintendente del HOTEL INN en Port Tampa, para la próxima temporada de invierno. Si sus amigos y los viajeros, pues allí estarán tan bien servidos como en su propia casa.

Arturo T. Berutich

E. Spinetti

HOTEL AMERICA
DRIVING PLACE & 15th ST.
NEW YORK

SUCURSAL EN PARIS
HOTEL AMERICA
60 RUE LAFAYETTE

PRECIOS CUARTO SOLO DESDE \$1.00
CON ALIMENTOS DE \$2.50 A \$3.50

CABLE "BERUTICH"

—NUESTRA NUEVA SUCURSAL—
HOTEL AMERICA
1469 MICHIGAN AVENUE (CHICAGO).
PRECIOS DE \$ 3.50 A \$ 5. DIARIOS. POR HOSPEDAJE COMPLETO.
SI PARLA A ITALIANO - ON PARLE FRANCAIS. - FALA-SE PORTUGUES. BERUTICH & SPINETTI

NEVER the cry «¡ To Cuba!» sprung from the Cuban heart so anguished and forlorn as to-day after the events of Key West, after that sad spectacle of a town built by its adoptive sons leaving its territory and breaking its laws, to bring from an alien land the enemies of those who built the town.

The city of Key West, victorious after its early trials, could boast already with just pride, in the very hut-peopled sand of yankee days, of those factories which are in truth academies, by their constant thought and reading; those lyceums where the hand that rolls the tobacco leaf during the day upholds at evenings the teaching book; those societies of arts and recreation from which only the unfaithful to their country are excluded, by reason of moral cleanliness; those homes where poverty can scarcely be seen, because of the large space filled in them by virtue.

The Key West of to-day was built with the poorest and neediest from Cuba's population, with a wealthy Cuban here and there, thrown upon the island by his faithfulness to his native sun, and afterwards a sprinkling of soulful men, from lordship and poverty, carried there by the belief that all Key West was but one home. From that hybrid compound on which the Spaniard's Havana poured by barkloads its crime; from that Cuban core, where hope, in all its sublimity, emerged from all the anxieties of life; from that daily fusion of the dethroned slave-owner and the redeemed slave, sitting to the same bread on the man-building table of the workingman, arose, with no counsel or school but ours, the orderly and honest city of factories which from its brimfulness lent life to the dormant State, brightened with the industries of Tampa the lazy coast, fostered and fed railroads and steamers throughout all that region and changed the fishermen's houseful of other days into the city of free lyceums, grown schools, generous purse and men true and honorable which to-day is the first port of the State of Florida. Those who silence it or deny it are men of no reality or justice, with an eye blinded by preoccupation and the other by ignorance, those who being men of work admire work, acknowledge this: they do not belittle the mason because he has the callous hand and stained apron of the builder. Let us cast aside the impure hand dishonored by the blood-stained glove of his country's oppressor; let us love and cherish these rough men who in the shadow of poverty are daily lifting, by their progressive humanity, the country of justice which is to rise, on the ruins of a sterile monarchy, with arms open for all mankind.

Excessive trust and gratitude were the principal and perhaps the only errors of that budding community. Because of the love of Washington, the noble Virginian venerated by Cubans: because of the memory of that Lincoln whose mourning was, face to face with the forbidding Spanish government, worn by all Cubans; because of that blind admiration for North-american liberties which is but the form, natural in all progressive men, of the hatred of Spanish injury, blood-rule and un-americanism; because of the hearty Cuban nature, deeply impressed by longrooted affection for the land in which he could at last think with freedom and work without dishonor, the Cubans of Key West came to love so well this harboring republic, and to mistake to such a degree the liberty it carries as a mask with the conquest it nurtures in its bosom, that with their very hands they delivered to the few native settlers the government of the town that before the Cubans had never been built. The grateful Cuban, already converted into an enthusiastic American citizen, carried into his inner life this love for the country of his adoption: one quarrelled with his friends for the sake of an American vote-hunter; another, although devoted to his mother-island, spent his whole savings in building a house, as the monument of his affection, by the hospitable sea; another blessed every morning, from under the trees he had planted, the land where his family, persecuted and impoverished in Cuba, had brightened again into hope and prosperity: a daughter was born to another, and he called her by the name of a State of the Union; many had Blaine's picture on the mantle-piece, believing that crafty handler of national prejudices to be the friend of Cuba; many had Cleveland's picture in their parlor, honoring him as a steel-framed foe of that which must every where be trampled down, the republic of privileges and unjust monopolies.

American industries had drifted along, discounting the future, on the assumption that when the domestic market would be replete it would be ever so easy to empty the excessive production into the weak-kneed republics of the American

continent: such was the purpose, and no other, of those comedy reciprocity treaties, and that was the unlawful end, timely diverted, of that stilted fabric, the Pan-American Congress. The plan failed, because there was no lack of forethought in the Spanish republics, nor of clear-eyed sentinels; and the North lives since them pulling its purse, unable to pay for the production of its surplus manufactures, and much less to sell them. The sumptuary industries, such as cigar making, were naturally the first to suffer from this stringency and alarm, and from such unexpected balance in the gay accounts of the nation: but the Cubans of Key West did not mind much their penury; had not the founders lived there twenty five years? had not the workingman bought there, by drops of sweat, his home? were not buried there, in that white sand, the poor old mother, the wife of the hardened hands, the first son? had not the slave of other days, the oppressed farm-hand of Cuba, the Havana out-cast, learned there the delights of liberty and the authority of man? Work was slack, or there was no work; there was but one meal a day, and in many a house the children's shoes were Sunday's luxury; but there they remained, unemployed by hundreds and thousands, faithful to the family tombs and the beloved spot, faithful to Key West.

Suddenly one of the factories of the city, which had been since some time closing and opening, and had recently been buttressed by two Spaniards as partners, was known to be in speaking terms with the rival city of Tampa, always willing to offer to the settling manufacturers the land and franchises that Key West was unwise enough to refuse them. Some Americans at Key West wished to know why the man Seidenberg wanted to go to Tampa, only to hear from him that he is going because he can not bring to Key West Spaniards to work in his factory. Strange agencies, always ready to strike from the dark, spurred the unbridled fear of the English speaking population: and that city, built by Cuban effort, those traders raised from one dollar to a hundred by the Cuban Saturday, those judges placed on their chairs by Cuban votes, those citizens of emancipated colonies, who cannot without self-shame wonder at the natural fact that the Cuban of to-day acts against their unjust foreign masters, a stain and an anachronism in America, as their own English colonies acted against the English tea, those very men whom the Cubans upheld in true friendship, filled the public square with angered people, branded the Cubans as ruffians, showed a foul wish «to hang some Cuban», and deserting the offices they owe to the trust of the Cubans, to the patriotism and the work of the sons of the Cuban revolution, without which Key West would never have developed, they left the city created by the Cuban revolution to beg a foreign monarchy for soldiers known to be the rabid enemies of the American citizens and America-born men, who built the town: they started to bring new workmen, for the only quality of being Europeans and sworn enemies of the community, into the city where a year since hundreds of the pioneer workingmen could not find employment.

The wound was not felt in the weekly wages: it was felt in the heart. Those men were loved like brothers, and they had turned against their brothers. Those men were looked upon as the embodiment of long-wished liberty, of freedom and republicanism, of equity and the prestige of the law, of the progress and emancipation of America; and they filled our homes with terror, took the bread from our workingman's mouth, sent unguilty men to jail, dragged into a cell an innocent messenger, threatened the Cubans with dishonorable death, bore on their breast as a proud distinction the colors which are in America the emblem of tyranny and have waved, blood-stained, over the ruins of our households and the corpses of our brothers. «They, the republicans of America, wearing the emblem of murder at their bosoms! Men of a free people mounting the stairs of a hypocritical foreign despot to solicit from him workingmen with whom to impoverish, soldiers with whom to humiliate, those whose guilt is to will to-day, as the North-Americans once willed it, the freedom of their country! No greater shock could have stricken the Cubans, had they seen killed by the knife on their threshold what they loved most. There was blood, then, in the air for the downtrodden Cubans, wherever they sought shelter and friendship, both well deserved by his usefulness and his love for their adopted country! They were, then, to be ousted, like the fox in California, or like the last Texans, from the town they had built, more than with the product of their industry; by their earnest and uncompromising patriotism! One would have unrooted his new house and thrown it into the bay: another

would have taken again on his shoulders his nine children, and cast himself adrift throughout the world: another would have disnamed his daughter. There is no greater horror than to see infamous or unworthy that which we loved so dearly. «Is it, then, like this, the whole universe? No merit or virtue, no persecution or misfortune can move the stranger's heart? Is it useless, then, before a country adjudged, by men to be manly and just, to raise, man by man, with the defective remnants of a tyrannic civilization, a city where the disorder and crime of despotism have condensed and ordered themselves into the honesty of industry and the open life of liberty? Is it thus, then, the first republic of the world: a nation without love, without charity, without friendship, without gratitude, without laws? There is no harbor, even in the first republic of the world, for a people seeking refuge from ignominious slavery! Neither, in truth, has a man without country any right to the safety of one's own country. Let him who wants a safe country conquer it. He who shall not conquer it shall live forever under the slash, in exile insecure like the sea, hunted down like a wild animal, jilted from one country to another, masking under a begging smile the death in his soul. There is no safe land but that in which one is born. «¡ To Cuba!» is our heart-burning cry, after this deceit of Key West, after this brutal wound in our love and our illusions: to the only country in the world from which we shall not be burned away, like the fox at California!

Had there been some provocation, some correspondence between Cuban offence and the action of the North-american citizens, had the right of free landing, conceded to all men with no exception until in recent times by the United States Constitution, been violated by the Cubans, there would never have been any excuse for the North-american to leave the city, with patent violation of the international and the immigration laws, to ask a foreign government for working men to import into a market exuberant with labor, and enemies who should surely provoke a conflict in the city of whose peace they were the appointed guardians; but sheer justice, which is the only help that a true man must ask, should have compelled the authorities at Key West to uphold the law, barring all the abusive and untenable resistance that Cubans might have offered to it. Let those Cubans anxious to rule over the land of their abode fight for a country, and have it by fighting, as the thirteen colonies fought against the Englishmen. A North-american who has conquered his freedom is not the equal, but the superior, of a Cuban who has yet failed to conquer it: neither those republican North-american, who hated foreign rule and monarchical oppression, are the equals, but the superiors, of the North-american who go a begging for help of a foreign King, of a European ruler on American soil, in order to impoverish, provoke and humiliate men of America who are fighting for freedom. Even in the supposition that revolutionary Cubans should feel entitled to a moral right, because legal they could have none, to keep the city built by them free from the enemies of a revolution no less just than the American war for independence, and without which American independence is yet guilty and incomplete, it would always be apparent that the antecedents and genius, the imely honored practise of the American nation, gave Cubans the right to expect from it, for a country of America struggling by undismayed sacrifices to free itself from European monarchical rule, the same indulgence enjoyed, in such a sacred matter, by the Irishmen publicly struggling in the United States for their emancipation from England. But it lays with the North-american to be thus indulgent: the Cuban's duty is to respect the law of the country. Cubans have no right whatever to forbid a Spaniard, because of being such, to land in the free soil of the United States. The United States can punish, and ought to punish, whomever breaks this law, or any other. But to punish the violation it is necessary that the law shall have been violated: to enforce the national authority upon the violators of a constitutional right, the laws for the prosecution must be observed, instead of being broken, by the very men charged with the enforcement of the law: and the guarantees afforded by human and constitutional right to all men charged with guilt must be respected. The passion for political independence, which to the Cuban means his entering, heretofore denied, into the realm of open American manhood, a passion indeed not to be jeered at nor quenched by honorable men, might have, in former days, armed with a club the arm of a cluster of belligerent Cubans, as capable of downing a foe at the Key West pier as of fighting in the mouths of the Spaniards' artillery. This Cuban or that might on some previous occasions have waited, club in hand, upon the Spaniards who never tired of dispossessing the Cuban in his own island from all opportunities to work, pursues him yet in every foreign country, with a greedy eye upon the industry he learned from the Cubans: have not the Spaniards a heart, that they can not see this injustice? have not the North-american a heart, that they can help to this injustice? But no such event, possible in times in which the new freshets of life in Key West had not been condensed into the superior social order of to-day: no such event from a handful of Cubans or from a daring fanatic which never could have been, because of the nobleness with

the Cuban born like the barbarous lynchings in the South and the ever reappearing murders of the white-masks in the North-west, could lend reason to a law-abiding city, a city of wise and good men, to presume, against truth and appearances, that the law was to be violated in a future case, nor to punish beforehand with rabid hatred in the whole of the town, and with iniquitous revenge against those from whom only good has come, a misdemeanor committed by nobody. A friendship of so many years did not impose, among Cubans and North-american, a proper inquest, at least, of the imbecile conspiracy groundlessly imputed to the Cubans by a few high-waymen of the tongue? The reason, in good morals and in good American policy respectable, of the possible displeasure of the Cubans at the occupation of the city they have caused to prosper, and in which there is not to-day sufficient employment for the resident population, by the European workingmen which oust them from their own country, does not deserve at least the respectful affection, the generous courtesy, of all justice loving North-american, instead of their frenzied hatred? What mysterious agency, what counsel from the dark, nurtured and flamed this conflict? Who was the North-american traitor, the traitor to America, who received payment from the Spanish government to kindle the alarm and abuse the republicanism of their countrymen? What vengeance of an unsuccessful candidate, or what base venomous heart imposed upon the unjust prejudice of North-american against Cubans? What was it indeed, that the love labor of twenty five years was forgotten in an hour, and the city that owes the Cuban its commerce, its industry, its renown, the preferent affection with which Cubans regarded it, rises without a question against the Cubans and sets in foot with baneful terrorism a campaign of resistance out of all relation to the vague rumor in which it seemed to be founded? Who prepared such resistance, that had it just on hand, so fully prepared? From how long did it come that it sprung all complete, at a minute's notice? Who paid for it, who saw himself so promptly served? Why the good men of Key West yielded, from passion or ignorance, or from a false conception of their true convenience to an evident coalition of private interests, of demagogues deriving their living from catering to public prejudices, of pedants incapable of understanding the people they deride, of revengeful aspirants who in an hour of revolt satiated their anger, hardly unmasked through years, for having needed the people they scoff at, for having preyed upon their favor, their friendship, and their votes? Shall the whole North-american nation be like this, capable of such unnatural hatred and ingratitude? Shall it be true that there is in the soul of the North-american such a hidden hostility against the Spanish creole, such an erroneous idea of his moral and political capacity that the vilest men of North-america dare to deny or overlook the human virtues so much more meritorious in the Cuban because he preserved and increased them through misery and slavery? Shall there not be at Key West men of kindness and honesty, that will retrace their false steps, in just shame of what they have helped to do, and will revolt against the blind surprise or iniquitous deceit that betrayed them into a scandalous violation of the laws of their country, of international honor and humanity? ... Was there the semblance of a right for that unlawful provocation, for the meeting at the public square, for the inexcusable printed protest, for the guilt of performing, without leave of their country, a treaty with a representative of a foreign monarchy, for the solicitation from a foreign government of soldiers to offend and provoke their own community, for the importation, against the immigration laws and natural respect, of a number of surplus workingmen into a city where hundreds of workingmen, the very ones who built the town, can not find employment? There was indeed the filmy pretext that nineteen Cuban conspirators had decided to oppose the landing of Spaniards: but when the prominent Cubans entrusted with the representation of the city workmen asked publicly, in their name: for the proofs of the conspiracy, and volunteered their help to punish it, nobody could answer: and when a lawyer, alone in that unfriendly and terror-stricken city, demanded the immediate release of the two Cubans imprisoned as the heads of the conspiracy, without the rantees due them by law the Court released both men immediately, because no accusation was laid against them.

«To what purpose did Cubans fly from Spanish tyranny if they were to find in an American republic its very horrors? why did we trust and love an inhuman and ungrateful city? shall the city prove, indeed, to be inhuman and ungrateful? or was it a cloud, which will pass over? There is no other country but the one we shall build with our own effort: no soil is safe, not even that we loved faithfully and too well, but the one in which we have been born. Let us double our efforts to secure freedom, unless we want to go roaming throughout the world, from one deceit into another. Those whom we loved best shall, with a dog's fury, bite our hearts. We are the stronger for this lesson. There is no help but our own. We are adrift again, with the house to our back, with our dead behind us, with the bitterness of friendship deceived. We have Cubans to fight for, the one we must fight for.



Títulos en este número

De José Martí

Bases del Partido Revolucionario Cubano I, 279-280

¡ A Cuba ! III, 47-54

Calixto García vive IV, 465-466

La protesta de Thomasville III, 62-63

To Cuba (traducción al inglés) Adición

De otros autores

Sin firma

Directorio del Partido Revolucionario Cubano

Relación de Clubs Cubanos

La Doctrina Monroe, libro nuevo de José María Céspedes Introducción

Duelo

Concierto de artistas negros en New York (Del Evening Telegram, alcance al New York Herald)

La "Gaceta Ilustrada"